

De la puesta en escena caótica a la remontada imposible

SERGIO ANTONIO ÁVILA

Si alguien echaba de menos la concreción de los objetivos de la temporada, ahora, tras quince jornadas, con el Caja anclado en el pozo clasificatorio y, lo que es peor, luciendo un aire derrotista en la puesta en escena de cada partido que no le sienta bien, ya lo tiene claro. Más que pese y duela, el Cajasol ha abonado el terreno para sufrir mucho hasta mayo. En Valencia, como se presumía sin recurrir a la bola de cristal, cayó derrotado mostrando las dos caras que ya lo identifican: una desfigurada por carecer de argumentos baloncestísticos que lo hagan competitivo, y otra de fajador de moral débil y desesperado que lucha estérilmente contra un destino escrito, su cita puntual con la derrota.

En el análisis a posteriori del choque en Valencia es difícil cuantificar qué porcentaje del naufragio obedece a cuestiones relacionadas con la psique y qué otro se imbrica directamente con la aptitud de una plantilla que parece más desmejorada y descompensada cada partido que pasa, repleta en esta fase del curso de jugadores intrascendentes por fuera de forma o poco centrados.

Calamitoso primer tiempo

Frente al Pamesa, un rival de mucho pedidrí, se juntó todo en los dos primeros cuartos, que fueron de un desarrollo antagónico a la segunda parte: defensa interior y exterior laxa, con continuos desajustes en el juego de dos por dos -siempre mal interpretado por el Caja en el ataque estático del Pamesa- y agarrotamiento tamaño en la vertiente ofensiva provocado a medias entre la agresiva defensa del cuadro cerámico y el limitadísimo repertorio de soluciones tácticas del Caja para desentrañar ese entramado.

Sorprendió de partida Magnano en el quinteto dándole las funciones de vigía a Ellis en detrimento de Miles, que se quedó en el banquillo, y la verdad es que no puede decirse que se equivocara en esta decisión en concreto (en otras... esos tiempos muertos) porque el base de Portland ha bajado algunos enteros y Ellis, que no es ni por asomo un director de juego al uso, puede ejercer de manera provisional y al menos engrasó la muñeca, trocó en «juanpalomo» para irse a dobles figuras en la producción y anduvo más fino que su compañero en la marca a sus pares. Es lo mismo porque, con uno u otro en el parqué, el ataque hispalense parece a menudo improvisado más que planeado. Atascadísimo en la acometida del aro rival por empeñarse (casi) siempre en buscar los 2,17 de Betts en el poste bajo, una solución válida sólo cuando no es única y sí complementaria, el Caja empezó a descoserse en defensa. El perímetro, desguarnecido porque la intensidad no era la necesaria y sí óptima y fluida la circulación del Pamesa como consecuencia, lo dinamitaron entre Douglas, Timinskas y Williams con cuatro triples en el primer parcial gracias a la excesiva permisividad de sus defensores.

Como a ese trabajo de derribo le puso el Pamesa el complemento de la inteligencia de Milojevic en la pintura (venció por kilos el duelo a Kakiouzis y anotó varias veces tras fintarle), Magnano se vio obligado de inmediato a rectificar la configuración del quinteto. Puso en circulación a Bueno en lugar del griego y el equipo esbozó un amago de reacción que fue pura ficción. Endureció la defensa y en la otra orilla completó un parcial de 0-8. Para nada. Porque en el segundo parcial todo ese trabajo se fue al traste. El Pamesa se aprovechó de un par de

deficiencias en la estructura del Caja para casi liquidar el choque en veinte minutos. Por una parte explotó el filón de la línea exterior con otros tres triples y en el juego interior fue Garcés quien cogió el testigo de Milojevic.

Desajustes defensivos

El panameño, al que Manel Comas calificaría de «animal de bellota», todo fibra, ni siquiera tuvo que imponer su fortaleza porque fueron incontables las veces que anotó solo en el poste aprovechándose de la ayuda de los pivots rivales (Bueno, sobre todo) a los bases en la defensa del bloqueo y continuación. Y como en ataque se desarrolló el Caja con muchas dificultades por primitivo (ni un bloqueo directo en condiciones...) y carecer de referentes (no lo es Kakiouzis, ayer lento para ser un «tres» y poco pesado para actuar de «cuatro»: le colocaron dos tapones en sendas incursiones de fuera adentro), la diferencia alcanzó los 18 puntos. Y subiendo. Hasta que el déficit no fue de 22 (55-33, partido sentenciado), el Caja no reaccionó. Fue la irrupción de Ellis y la brega de De Miguel, fajándose y rebañando rebotes, lo que la propició, lo cual radiografía con nitidez, por otra parte, la situación real del equipo.

El Pamesa bajó el pistón de forma apreciable y fue Ellis quien actuó de estilete, De Miguel quien le aplicó pegamento al equipo e Ignerski el que se valió de sus centímetros para cortar la zona y producir cerca del aro. Añadiendo un poco de cada ingrediente el Caja lijó la distancia. La rebajó a los doce puntos y en el último cuarto porfió y porfió hasta donde está capacitado, que por ahora es engordar para morir (82-76, m. 39). Al menos lo intentó y eso, amén de ser su obligación, le honra, pero la realidad es que su capitulación la firmó Douglas mucho antes del epílogo cuando Katsikaris intuyó la sombra del Caja a sólo nueve puntos (71-62).

El tirador panameño, incontenible, fijó otra vez la mira telescópica y derribó el armazón enemigo con otra ración de dos triples y un mate. El resto sobró. Sirvió para ilusionarse y fue un trabajo tan honorable y fruto del orgullo como estéril, porque el Caja necesita sumar victorias ya para iniciar la resta del tope de las ¿catorce? que suelen marcar la salvación.

EFE

Aaron Miles persigue a Shammond Williams, uno de los bases del Pamesa